Afuera en Heidedorf

Teodor Storm

Era una tarde de otoño; Había interrogado a un par de ladrones de leña que habían sido traídos al mediodía en la oficina del alguacil y ahora caminaban lentamente hacia mi casa. El alumbrado a gas aún no se había inventado para nuestra ciudad; sólo las pequeñas linternas de mano se balanceaban a través
de los callejones oscuros como fuegos fatuos. Pero uno de estos

billetes permaneció inmóvil en el mismo lugar, y por eso atrajomis ojos ociosos.

Cuando me acerqué, vi una carreta campesina enjaezada que se detenía frente a la posada, por donde antes se acercaba a los pueblos del este; el viejo portero se quedó con la lámparadel establo mientras la gente se preparaba para partir.

"¡Prepárate, Hinrich!", dijo alguien desde el carruaje; "¡Ya has engañado lo suficiente! Carsten Krüger y la esposa de Carsten Decker están esperando su hora; no me da descanso." La voz algo anciana provenía de una persona ancha, aparentemente

femenina, que, envuelta en toallas y abrigos, estaba sentada inmóvil en el segundo asiento del carruaje.

Involuntariamente me detuve en la esquina de la calle transversal que conduce aquí. Cuando has estado trabajando durante horas, es agradable ver a las otras personas representar una escena frente a ti, y el sirviente sostuvo la lámpara lo suficientemente alto para que yo pudiera ver todo cómodamente.

Junto a una figura femenina juvenil, cuya estatura difería notablemente de la estatura rechoncha de nuestras muchachas campesinas habituales, se encontraba un joven campesino cuyo cabello rubio y rizado brotaba de debajo de su gorra de tela; en una mano sostenía riendas y látigo, con la otra se había agarrado al respaldo de una silla de madera que había sido empujada hacia el carruaje para el escenario. Había algo inquietante en el rostro del joven; la frente ancha sobresalía tanto que casi cubría los ojos. "Venir,

Margret, ¡adelante!', dijo, agarrando la mano de la niña.

Pero ella lo empujó hacia atrás. "¡No te necesito!", gritó. “¡Solo cuida tus caballos bayos!”

“¡Deja de hacer el tonto, Margret!” Ella giró la

cabeza ante estas palabras, pronunciadas con impaciencia apenas disimulada. A la luz de la lámpara sólo vi la parte inferior de la cara; pero esas mejillas suaves y pálidas apenas habían estado expuestas al clima de la época rural de siembra y cosecha; lo que más me impresionó fueron

los dientes blancos y puntiagudos, ahora revelados por los labios sonrientes.

Ella no había respondido a las últimas palabras del joven; pero por la posición de mi cabeza podía suponer que sus ojos ahora daban la respuesta. Al mismo tiempo pisó suavemente con un pie la silla de madera, y cuando él ahora la abrazó, ella se dejó hundir suavemente en su hombro,y noté como sus mejillas descansaban por un rato.

Pero también vi cómo trató de empujarla hacia el asiento delantero; pero ella lo eludió y de inmediato se había acomodado en la segunda silla junto a la mujer gorda, que ahora gritaba "¡Prepárate, Hinrich, prepárate!", desdesus chales.

El joven granjero permaneció de pie junto al carro como indeciso.

Luego tiró de la ropa de la niña: "¡Margret!", pronunció con voz apagada, "¡siéntate enfrente, Margret!" "¡Muchas gracias, Hinrich!", respondió ella en voz alta;

"Estoy sentado aquí bastante bien" La joven tiró más fuerte de su ropa."Conduzco

¡No te rindas, Margret, si no quieres sentarte conmigo!"

Ahora ella se inclinó sobre el borde del asiento hacia él; Vi un par de ojos oscuros brillar en el rostro pálido, y los dientes blancos volvieron a ser visibles entre los labios deliciosos. "¿Te enviarás a ti mismo, Hinrich?" dijo

ella suavemente, casi como si prometiera ternura; ¿O deberíamos ir a la ciudad con Hans Ottsen en otro momento?

Me ha molestado bastante a

menudo. El joven murmuró algo que no entendí; luego saltó impetuosamente entre los caballos al asiento delantero del carruaje, hizo restallar furiosamente el látigo y tiró de las riendas para que los caballos bayos se encabritaran abruptamente. E inmediatamente después, entre los gritos de las mujeres, el vehículo salió traqueteando en la noche

de modo que la silla de madera, golpeada por la rueda, cayó aplastada sobre el pavimento, y el viejo portero retrocedió tambaleándose con un "¡Dios nos dé piedad!" y luego lo regañó su lámpara desapareció por la puerta principal.

Todo había terminado como un juego de sombras; y pensativo continué mi camino a casa.

Unos seis meses después, se informó al Amtsvogtei de la muerte del residente Hinrich Fehse, propietario de una granja grande pero, como yo sabía, muy endeudada en una de las aldeas del este. Dado que, además de su viuda y un hijo del mismo nombre, dejaba dos hijos menores de edad, la misa tuvo que ser juzgada. Debido a la falta de parientes cercanos,el ex sacristán del pueblo fue nombrado tutor de los menores

por deseo de la viuda; un hombre que, mientras estuvo en el cargo, estaba menos preocupado por la juventud que se le

confiaba que por su ya considerable negocio agrícola, pero desde que renunció al cargo ha estado aún más al lado de sus antiguos alumnos en todos los eventos de la vida con su

a menudo todos los consejos sabios demasiado mundanosestaban de pie.

Cuando entré a la sala del tribunal el día de la liquidación de la herencia, encontré al hombre importante ya sentado al lado del escritorio del abogado, examinando ansiosamente

los documentos. Después de verme a través de su

anteojos redondos, deliberadamente se alisó los pelos laterales sobre la parte calva de su cabeza y luego se puso

de pie para saludarme con su característica dignidad.
Al mismo tiempo señaló a un joven que también se había levantado de una silla cuando entré y dijo: "Este aquí, Herr
Amtsvogt, es Hinrich Fehse, el hijo mayor del difunto". Meencontré con esta cabeza

cuadrada antes; sólo sobre el cómo y dónde no pude conseguir claro. Pero probablemente nunca había visto tal expresión de hosquedad indiferente en un rostro juvenil; los

ojos grises hundidos apenas parecían dignos de molestarse en levantar sus pestañas hacia mí.

Contra la pared estaba sentada una anciana campesina

de rasgos duros y cejas oscuras, con el cabello gris peinado hacia atrás bajo su gorra negra; se sentó inmóvil y se cogiólas manos con la tela de saco sobre el delantal de lona con

estampado azul. Esa era la viuda del difunto Hufner HinrichFehse.

Mi preocupación era primero discutir el asunto algo complicado con el sacristán a solas, así que lo acompañé ami estudio contiguo.

"La posición difícilmente puede confundirse con la familia", dije, al mismo tiempo que abría el registro de inventario de

la multitud frente a él; “Lamentablemente tendremos que

venderlo.” El

sacristán me miró con sus ojos redondos. "¡No lo creo!", luego dijo en un tono pesado de escuela.

Señalé la larga lista de deudas registradas. “Si a esto se suma la parte de vejez de la viuda, a la persona que acepta
el puesto no le sobrará para barrer también la herencia delos hermanos”.

“¡Eso no!” Y el hombre digno apretó sus labios carnosos y me miró con una certeza como si tuviera el antídoto en su bolsillo ya preparado.

"Y a pesar de eso", volví a preguntar, "¿quieres dejarlohacer los cascos grandes?"

"¡Esa sería mi opinión!" "Y el

dinero, ¿de dónde lo quieres sacar?" Y él

nombrada hija de un granjero rico del mismo pueblo. “Ayer”, prosiguió, “ya celebramos el veredicto, y el puesto de

Fehse ahora puede ser asumido conjuntamente por los dos jóvenes.” El sacristán se llevó las manos a la espalda y

esperó, con la cabeza en alto, a que mi admiración sedisipara.

expresado. Pero con esta apertura de repente me quedó claro dónde ya había conocido al joven Hinrich Fehse. Lo volví a ver parado junto al carro junto a esa chica peligrosa y lo escuché pronunciar su sombrío "¡Margret, Margret!" ¡Me siento —dije al fin— como si ya hubiera conocido a su novio de otras maneras! ¿La comadrona de tu pueblo tiene una hija especialmente bonita?» «¡Bueno, Herr Amtsvogt ya lo

sabe!», respondió el sacristán algo sorprendido. 'Bueno, contratamos a la chica como costurera a seis

millas de la ciudad, y ella se va allí mañana. Mamsell nunca quiso pasar toda su vida con un sólido trabajo campesino”.

Tuve que reír. “¿Y cómo te las arreglaste para hacer esootra vez?” La

sonrisa de suficiencia en el rostro del sacristán se contrajo

tan bajo como sus fuertes mejillas se lo permitieron. "Con permiso, señor alguacil, puede hacer bailar al diablo por dinero, ¿por qué no una anciana?"

De hecho, tienes más que razón; ¿Y la hija de la parterapresumiblemente no tiene recursos? —

La cara suave, señor alguacil, no podría habernos servido de nada, y por lo demás no hay nada más que la haya traído

a la casa. Además —y ajustó su tono a un susurro confidencial
—, su abuelo era un eslovaco del Danubio y, Dios sabe cómo, se quedó con nosotros; más la vieja comadrona con su lectura de cartas y sus discusiones sobre tumores, con las que saca los chelines del bolsillo de los estúpidos, ¡eso habría encajado mal en una vieja familia campesina!

¿Chicas separadas?" Pregunté de nuevo.

El sacristán puso su mundana cabeza en posición.
"Si tengo que decirlo sin rodeos", respondió evasivamente, "era una gran pregunta si la puta se lo habría llevado; hay otros que arrastra detrás de ella que llevan más peso. Pero la joven no se dejará engañar con él, porque todo el mundo tiene que dejarlo hacer eso, ¡es un agricultor desde los cimientos!" Nuestra conversación había

terminado. No hubo objeción a la propuesta del tribunal; por el contrario, todas las dificultades se resolvieron así como por sí mismas.

– – Cuando volvimos a entrar en la sala del tribunal, la novia y su padre también habían aparecido allí.
Debía de tener casi diez años más que su futuro novio; el

rostro era bien formado pero poco atractivo, como suele ser el caso de quienes ya han contado con el alma de su hijo acerca de la adquisición; el cabello rubio pálido mostraba claramente que había estado expuesto sin protección a todo el tiempo y las quemaduras solares. El novio se sentó ahora frente a ella en la otra pared; la cabeza inclinada, las manos entrelazadas entre las piernas abiertas. - En las siguientes negociaciones se mostró con todo

acordado; un débil "sí" o "no" o "así debe ser" fue todo lo que usó para expresar este asentimiento; al mismo tiempo se pasó el dorso de la mano por la frente un par de veces, como si tuviera algo que limpiar. Finalmente, cuando se hubo discutido todo con todos los implicados y puesto por escrito lo acordado, se firmó el acta, como era debido.

También Hinrich Fehse, cuando le llegó el turno, fue al escritorio del plenipotenciario y escribió su nombre de pila en letras rígidas y gruñonas bajo la negociación; pero luego, con una respiración profunda, dejó la pluma y miró impasible frente a él. La cabeza de una muchacha voluptuosa ahora podría aparecer ante su ojo interior; tal vez la idea demoledora de romper el hechizo de la vieja tradición campesina voló por su cerebro.

Pero el secretario, que no le había quitado los ojos de encima durante toda la audiencia, se acercó a él con las manos en los bolsillos y le dijo con calma: 'Solo su nombre, Hinrich; ¡sólo tu nombre!» Y Hinrich, como tirado por el alambre por una necesidad de hierro, pintó ahora su «Fehse» con los mismos trazos pronunciados detrás de él.

"Actum ut supra" y arena sobre él; el asunto fue zanjado. Hinrich Fehse dejó la corte hecho un hombre; con la esposa tenía en sus manos el capital de trabajo de las pezuñas; si cumplía con su deber de agricultor, no podía dejar de hacerlo. - Y pronto supe que la boda se había celebrado contoda la pompa de la tradición campesina.

La impresión que estos eventos me habían causado se había desvanecido gradualmente. Al principio, probablemente me había dado cuenta cuando el joven granjero pasó junto a mí con su esposa en los días de mercado; Debo haber recibido un asentimiento de este último, mientras él mismo, sin volverse, azotaba a sus caballos. Entonces,

tiempo después, cuando ya era tarde en la noche, lo había visto una vez en el zaguán iluminado de aquella posada de la esquina; Debo haber pensado en ese momento: '¿Qué está haciendo en la ciudad tan tarde?' No lo había pensado más. Como era otoño otra vez, noviembre estaba a la vuelta de la esquina; al regresar de una caminata matutina, caminé por la ciudad nueva, donde se estaba celebrando el mercado de caballos. Los nobles animales estaban, como de costumbre, atados a ambos lados de la calle frente a las casas, y yo estaba abriéndome paso entre una multitud de compradores y vendedores y alegres jóvenes del pueblo cuando me resonaron gritos y apretones de manos. una casa. A medida que me acercaba, reconocí a Hinrich Fehse, que estaba ocupado comerciando con un granjero jutish. El tema, como pronto me di cuenta, eran dos caballos de aspecto muy miserable, que estaban de pie con la cabeza inclinada, mientras que el yute sacudía la cola de un animal a un lado en señal de alabanza.

"Sí, sí", dijo el otro, sin siquiera mirar; "Los Schindmorae son lo suficientemente buenos".

Pero Hinrich le devolvió la mano.

fortaleza

"Ciento veinte", dijo sombríamente; “Ni un chelín más.” Y

aplaudieron. Hinrich Fehse desabrochó su hucha de cuero, le entregó al otro los táleros duros en la mano y luego se

dispuso a desatar los animales que había negociado en elrickwerk.

Mientras caminaba, adquiriendo una conciencia más clara de lo que había visto, comencé a pensar que el joven granjero había, como decimos, apostado mal desde la última vez que nos vimos. El rostro se había vuelto afilado y delgado, y los ojos ya pequeños casi habían desaparecido bajo la frente protuberante; de todos modos, eso en

Había algo sorprendente en este hecho habitual, por lo que no pude evitar más tarde, cuando entré en la sala del tribunal, hablar en contra de mi representante, que estaba familiarizado con la zona.

El viejo empleado hizo la suya desde el caballete.

movimiento de la mano más preocupante.

"Y yo dije; "¿Así que las cosas están mal?" "¡En absoluto!"

respondió él. »Margaret ha regresado al pueblo durante seis meses, y desde entonces Fehse se ha sentado con las parteras casi todas las noches; él incluso la siguió a la ciudad cuando ella estaba sentada aquí

cosiendo en el camino alrededor de Pentecostés. Y al mismo tiempo vende lo que está suelto y estable, forraje y semilla de centeno, de modo que los graneros vacíos probablemente se queden para el invierno; Hoy, incluso los hermosos castrados bayos tenían que creer en ello, Herr Amtsvogt, que estaba valorado en quinientos táleros en el inventario, y en su lugar obtuvo el Jutschen Kracken. Por otro lado, la partera pasea por el pueblo con chaquetas de seda y broches de oro; ¡Es posible que lleve muchas toneladas de avena Fehseschen en su cuerpo!» Y el anciano tomó un pellizco grande.

"¡Al final los dos castrados también, Brüttner!" El hombrecito gris puso su bolígrafo detrás de su oreja y navegó hasta mí en su giro.

"Bueno", dijo con una sonrisa, "¡no sería difícil adivinar a dónde va el exceso!" "¿Y cómo sabes todo esto tan exactamente?" Brüttner estaba a punto de responder cuando el ujier entró en la

habitación: " Herr Küster envió sus saludos, no pudo

volver a presentarse hoy; pero el próximo jueves, y luego quería traer a las dos mujeres Fehse a la oficina al mismo tiempo." "¿Así que el sacristán estaba aquí?" pregunté.

"Hmm, por supuesto", respondió Brüttner; y dijo después de los últimos pasajes que sería mejor si las mujeres pusieran a Fehse bajo curaduría; él le explicaba todo al magistrado".

Sin embargo, antes de que el sacristán pudiera abordar este audaz plan, recibí un informe escrito del alguacil del granjero del pueblo (era un miércoles) de que el recluso Hinrich Fehse había desaparecido desde el pasado domingo por la noche. La opinión de algunos es que salió de Hamburgo en un barco de emigrantes con el dinero que había ganado recientemente en un comercio de caballos; otros, en cambio, temían que se hubiera hecho daño a sí mismo. Aparte de la conocida relación con la hija de la comadrona, no se ha conocido ningún hecho especial que pueda explicar su desaparición. Por cierto, las investigaciones que se han hecho hasta ahora no han tenido éxito.- - -

Inmediatamente decidí investigar el asunto en el lugar esa tarde. – Para ser más despreocupado, prescindí de grabadora y sólo me llevé al ujier para que me acompañara.

Viajamos en un carruaje abierto; porque era un día templado de otoño, como los que solemos tener en nuestra región antes de la llegada decisiva del invierno. Los setos vivos que teníamos a ambos lados del camino durante la primera hora tenían todavía parte de sus hojas; aquí y allá, entre los avellanos y los robles, avanzaba un árbol cautivo, sobre cuyas delgadas ramas flotaban aún los graciosos sombreros rojos de fraile. Mientras pasaba, mis ojos siguieron el espectáculo igualmente suave y melancólico de cómo las hojas amarillas seguían cayendo bajo los rayos del sol aún cálidos y se hundían en el suelo, especialmente cuando nuestros caballos resoplaban.

un tordo tardío, lanzando su grito de miedo, revoloteaba entre losarbustos.

Pero el área cambió; las murallas cubiertas de maleza con los campos cultivados detrás de ellas terminaron. En cambio, condujimos

a lo largo del borde del llamado "páramo salvaje" que actualmente se extendía hacia el norte hasta donde alcanzaba la vista. Aquí parecía como si los últimos rayos de sol que aún quedaban en la tierra hubieran sido de repente tragados por esta lúgubre estepa. Entre los brezos de color marrón oscuro, a menudo junto a estanques más grandes o más pequeños, sobresalían montones individuales de turba del área estéril; de cuando en cuando bajaba del aire el melancólico grito del gran chorlito, que volaba solitario sobre él.

Eso fue todo lo que viste y escuchaste.

Recordé lo que había leído una vez, me refiero a las estepas en el bajo Danubio, que todavía estaban habitadas por la tribu eslava. Allí, de entre los paganos, en el crepúsculo, tiembla algo parecido a un hilo blanco, al que llaman "montaña blanca". Vaga hacia los pueblos, se cuela en las casas, y cuando llega la noche se echa sobre las bocas abiertas de los dormidos; luego, el hilo inicialmente delgado se hincha y crece hasta convertirse en una monstruosidad lenta.

A la mañana siguiente todo se ha ido; pero el durmiente que entonces abre los ojos se ha vuelto loco de la noche a la mañana; el alpe blanco ha bebido su alma. Él nunca la recupera; Lejos en el brezal, en húmedos desfiladeros, entre páramos y turberas, la maldad los ha arrastrado.

La montaña blanca no estaba en casa aquí; pero las nieblas de este páramo también se espesaron en otras cosas no menos siniestras, que muchos, especialmente los aldeanos más viejos, afirmaron haber encontrado en la noche y en el crepúsculo.

Nuestro destino, el pueblo, con su torre puntiaguda y techos de paja negra, se encontraba en su límite sur.

había sido visible mucho antes que nosotros. - Cuando finalmente llegamos, me detuve frente a la casa del viejo empleado para averiguar más sobre la situación en la casa Fehse. Lo encontré con su sirviente ocupado cargando el

estiércol, con la camisa de forro de lana azul, surco en la mano; pero no por eso era menos digno, una vez que había

cambiado su "montón de oro" por el terreno llano. "Quiero decirle, Herr Amtsvogt", comenzó, después de haber puesto

a punto sus herramientas lingüísticas con un par de toses, "si no puede dar consejos, ¡tampoco puede ayudar! Este Hinrich no quiso usar la fuerza para reconocer su felicidad;

¡Dios sabe si el cura todavía podrá curarlo!

Mientras tanto habíamos entrado en la casa y en la sala.

Detrás de la estufa, en la que ardía un fuego a pesar del clima templado, estaba sentada una madrecita de aspecto enfermizo, casi oculta por un gran tejido de lana, que manejaba con sus dedos delgados. Se disculpó, quejándose de que por el dolor de espalda no podía levantarse del sillón para saludarme; luego, desde su asiento, abrió la puerta de

la cocina contigua y gritó con voz aguda: "¡Kathrin! ¡Pon la tetera al fuego, Kathrin!» Y al mismo tiempo oí que tiraban

el trípode sobre la estufa y retumbaba en el agujero delfuego.

La sacristán volvió a cerrar la puerta y siguió tejiendo; pero sus ojitos apagados me seguían incesantemente

mientras yo paseaba arriba y abajo conversando con sumarido.

—Si se le permite hablar, señor alguacil —dijo por fin, apartando su tejido; 'ya ha habido una embrujada; cuando mi esposo todavía estaba en el cargo aquí. "Soy tan aficionada a las rosas", continuó, tosiendo; “Se suponía que sería la carrera del ring para ellos al día siguiente.

Estar en la escuela, y luego por la noche, con alto permiso, bailando en el cántaro; de repente todas mis rosas fueron arrancadas. Supe de inmediato dónde buscar a mi bribón; pero en la escuela de nuestro padre, Hinrich sabía torcerlo para que el tubo de castigo cayera sobre su espalda. Y la ramera simplemente se sentó y miró su himnario".

—Pero madre —trató de persuadir el sacristán—, ¡no le cuentes al alguacil esos cuentos infantiles!

"¿Tú lo crees, padre?", replicó ella. – "Ambos estaban a punto de ser confirmados; es solo un hilo y funciona hasta eldía

de hoy." Pedí cortésmente que continuara el informe.

La madre asintió. —Entonces todavía gozaba de buena

salud, señor alguacil —empezó de nuevo—. "pero cuando apenas había entrado en el salón de baile con la esposa del

pastor la otra noche, vi que Hinrich se salía con la suya; porque en la corona que la moza eslovaca llevaba en su cabello negro, realmente se sentaron mis rosas rojas; y ella también se dio la vuelta con él, de modo que las mejillas delniño de madera chorreaban sudor.

¡Ahora, ahora, padre!', se interrumpió cuando el sacristán comenzó a hacer otro comentario. 'Sé bien que la alegría duró poco; Quiero contarle todo al alguacil. Porque había uno de

los muchachos mayores que no estaba enamorado de la partera como los demás, aunque ella se preocupaba bastante

por él; ¡y ese era el hijo del rico Klaus Ottsen aquí! – Justo cuando los músicos tocaban un nuevo vals, llegó pavoneándose

con su chaqueta azul con botones de nácar, la cadena de reloj de plata sobre el chaleco, y miró a las prostitutas comosi todas estuvieran a la venta por a él.

Pero también era un chico delgado, de cabello castaño y tenía

sigue siendo algo orgulloso en sí mismo hoy. – Se detuvo frente a Hinrich y Margret, quienes estaban a punto de unirse nuevamente a la fila, y los miró con desdén. dijo, riendo. ›Rosenhinrich y la eslovaca Margret? ¡Hacéis una bonita pareja juntos!» La puta lo miró fijamente con sus ojos

negros. '¿Me dejas regañar, Hinrich?', gritó. Y en poco tiempo mi Ottsen tenía sus dos puñetazos en el cuello.

›¡Eso para la eslovaca Margret! ¡Y eso por Rosenhinrich!‹ Y los músicos tocaban el violín y los niños bailaban y tropezaban con Hans, que se estaba levantando del suelo; y en todo el ruido escucho la voz de nuestro Herr Pastor y también veo como tiene a Hinrich por el cuello y lo apoya contra el marco de la puerta. '¡Para que lo sepas, Fehse!', todavía puedo escucharlo decir; ›¡Tu baile ha terminado

esta noche!‹ Allí se paró y se mordió el labio hasta que sangró, y Margret levantó su cabeza negra y miró alrededor

de la habitación en busca de otro bailarín. – – ¡Pero es una cosa extraña, el corazón humano, señor alguacil! Había

visto durante mucho tiempo que Hans Ottsen estaba allí como si quisiera devorar a la puta con los ojos; y no ayuda por una vez, las rosas robadas la dejaron desgastar bien su fina y descarada nariz chata. ¡Y bien! Ahora también tenía ese en la cinta.

'¿Qué piensas, Margret?', dijo Hans Hoffart muy tímidamente;

›¿Quieres quedarte conmigo esta noche?‹ Solo cuando él tomó su mano, ella lo empujó en el pecho y actuó salvajemente como un gato; pero cuando se dio cuenta de

que era grave, se volvió igual de flexible y se rió y mostró sus dientes blancos y pasó bailando junto al pobre hombre

con su apuesto Hans, como si nunca hubiera habido un Hinrich Fehse en el mundo para ella. Pero todavía estaba clavado en su puesto; sólo sus pequeños ojos los siguieron a los dos; ¡Fue una suerte que no estuvieran cargados conbalas de escopeta!

Lo que sucedió después en el pasillo —continuó la narradora, después de haber recuperado el aliento por un momento—, no lo vi; la esposa del pastor me llevó a la trastienda donde nuestros hombres se habían sentado a jugar sus cartas. Pasó el tiempo; Era casi el final de la jornada laboral, estaba de pie junto a la ventana y escuchaba a los gansos salvajes en el aire de arriba, porque era una noche templada y los animales volaron sobre el brezal hacia la laguna, entonces de repente se dijo : '¿Dónde está Hinrich Fehse?‹ – Sí, Hinrich Fehse no estaba allí. "Lo vi en el camino", dijo uno; 'él debe haber corrido a casa.'- Pero la madre llegó gimiendo; tampoco estaba en casa. – El viejo Hinrich Fehse, un marica a pesar de su hijo, se paró frente a la multitud en la taberna y tiró su vaso sobre la mesa de modo que solo tenía el pie en la mano y se quejó del pastor; no permitiría que apalearan a su hijo, aunque no pudiera vestirlo con cadenas de reloj y botones de nácar como los campesinos ricos; ¡No, diablos, él no sufre!

Regresé al salón de baile, donde los músicos estaban poniendo sus violines en sus bolsos de cuero. La comadronaseguía de pie en la sala vacía con Hans Ottsen; ella sola no parecía cuestionar todo esto. 'Bueno, Margret', le pregunté, '¿no sabes adónde llegó Hinrich?' - '¿Yo? '¡No!', dijo secamente, quitándose uno de sus zapatitos y ajustándose el lazo rojo; luego volvió a mirar a Hans con sus ojos negros y le dio una palmada en broma: '¡Me tienes cubierto de polvo, tú! eres tan salvaje; solo espera, ¡ya no bailaré con un loco así!‹

Y esa era Margret, señor alguacil; Pero Hinrich tampoco volvió a la mañana siguiente; pensaron que el mediodía lo llevaría a casa; pero también había habido una lechuza; todo el pueblo se puso de pie, lo buscaron con escaleras y palos.

¡Y finalmente! Dónde

¿Había estado, señor alguacil? – Se había sentado con los sapos de agua en la noche; allá en el pantano junto al lago negro. Finkeljochim, que está cortando su escoba, corrió al pueblo y contó la historia. Así que lo trajeron a casa con todas las extremidades que había traído del páramo húmedo. Tuvo que estar acostado sobre las almohadas un par de semanas, y cuando el médico no empezó, necesitaron la simpatía: y con tres tazas de té de manzanilla y unos
puñados de tierra del cementerio, todo volvió a la normalidad."

Mientras tanto, el café había sido servido y el sacristán, no sin aparente cautela, recordó a su mujer que el alguacil aún tenía que hablar con él.

"No quiero estorbar, padre", respondió ella, llenando sus tazas desde su sillón; “Solo digo, y ya se lo dije al pastor: solo cuando la puta volvió del pueblo, solo Hinrich corrió hacia las parteras, y ella se alegró de tener que tirar de otra detrás de ella; aunque solo sea para molestar a la joven que se casó con él; pero como el viejo Klaus Ottsen ha estado yendo hasta el último minuto y ya no puede sostener el pulgar, su Hans también sabe cómo encontrar el camino cuando oscurece. No me sorprende que el Fehse volviera a huir esta vez; porque todavía no ha podido aprender a tratar

consigo mismo, que es el arte más grande de la vida humana.

No entiendo por qué hay tanto alboroto en el pueblo; ¡Volverá cuando haya tenido suficiente!» La frágil mujercita, cuyas pálidas mejillas habían vuelto a sonrojarse por la animada conversación, ahora estaba en silencio y trataba de remover las brasas

de su estufa con las tenazas. – Todavía hice esta yaquella pregunta; luego me fui

escoltenme hasta mi carruaje del sacristán, que estaba visiblemente recuperando su dignidad afuera.

—Sí, sí, mi bien nacido señor alguacil —dijo, resumiendo mentalmente un largo ejemplo, por así decirlo; 'He caminado mucho sobre este matrimonio; ¡pero el hombre no debe contar con las gracias del mundo! Simplemente búrlate de Mamsell Margret; ella podrá contarte todo.» Mientras él había abrochado el

cuero protector frente a mi asiento y lo había despedido

con un gesto majestuoso, mi carruaje avanzaba con estruendo por la calle del pueblo mal pavimentada.

Detrás de la iglesia a la derecha, en el muro de granito en el que leí el año 1470 al pasar, una casita con persianas verdes se asomaba desde los setos de saúco ahora casi sin hojas.

-Es de las parteras -respondió el ujier, volviéndose hacia mí desde el asiento del conductor-, lo mantienen muy limpio;He estado allí un par de veces por negocios".

Después de un rato las casas se detuvieron a la izquierda.

Las granjas, que discurrían bastante a lo largo del costado de la iglesia, se encontraban al oeste, separadas del gran páramo únicamente por el camino y unos cuantos campos y prados cercados; el último de estos, solitario y lejano, me fue descrito como el de Hinrich Fehse.

Frente a muchas de estas casas noté grupos de personas, aparentemente en animada conversación, a veces señalando hacia el páramo con los brazos extendidos. Evidentemente, había una emoción especial entre los aldeanos.

Finalmente nos dirigimos al Fehsesche Hofstelle. En la

casa, que estaba a unos cien pasos del camino, aún se veían los frutos del próspero matrimonio:

la mitad norte, con la gran puerta del granero y las ventanas semicirculares del establo, evidentemente se construyó hace apenas un año, mientras que la otra mitad, que contenía las habitaciones, podría haber sido heredada de padres a hijos en este estado durante mucho tiempo. tiempo. Delante de las ventanas bajas, sobre las que se apoyaba el pesado techo de paja de color marrón oscuro, se extendía hasta el sendero un trozo de jardín bastante desolado.

Como ninguno de los compañeros de casa apareció cuando nos detuvimos arriba frente a la puerta del establo, envié al ujier a la casa, quien pronto regresó al auto, acompañado por una anciana. Quise saludarla como viuda de Fehse, pero me respondió que sólo había cuidado la casa como vecina; la vieja y la joven Frau Fehse habían acudido al alguacil del granjero; porque la hija de Finkeljochim había dicho que justo ayer por la tarde, cuando acababa de salir la luna, había visto a Hinrich en el páramo; después de esta noticia, la gente fue enviada nuevamente a buscar.

Pregunté más.

—Probablemente no tenga nada de malo, señor alguacil — dijo la anciana; 'la puta es tan simple; y desde que Hans Ottsen le metió algo en la cabeza el invierno pasado, está completamente mareada. —

¿Pero dónde se puede encontrar a la niña

ahora? —Herr Alguacil no puede encontrarla ahora. ella esta con el gente al brezal para mostrarles el lugar.«

Primero dejé que la anciana me llevara a la sala y puse una

mesa en el medio, sobre la cual coloqué los materiales de escritura que había traído conmigo para tomar las notas necesarias.

Era una habitación baja pero espaciosa; la arena blanca en las tablas del piso, las perillas de latón brillante en la estufa, todo era señal de limpieza y orden. Frente a las ventanas habíados con cortinas.

camas de pared; Frente a uno, con la inscripción pintada entre nomeolvides: "Este y Oeste, para Huus es lo mejor", había una cuna de madera ahora vacía.

Para no perder tiempo, le dije al ujier que trajera a mi casa a la hija de la partera, que vivía cerca, mientras la anciana se encargaba de ir a buscar a las mujeres Fehse al apartamento más apartado del granjero. - Estaba solo en la casa; el duro repique de un reloj de la Selva Negra resonaba en la pared; Anticipándome a lo que estaba por venir, me acerqué a la ventana y miré hacia el sol amarillo de otoño, que ya estaba muy por detrás del brezal.

El susurro de ropa de mujer me despertó de los pensamientos en los que comenzaba a enredarme. Cuando me di la vuelta, vi una figura esbelta y completa de una niña vestida con ropa de ciudad, cuya mano pequeña y, al parecer, temblorosa, estaba quitando un pañuelo negro de su cuello.

No podía dudar de quién era yo antes que yo; por primera vez vi destapada la seductora cabeza de aquella muchacha.

"¡Eres Margarete Glansky!", dije.
Un "sí" apenas audible fue la respuesta.

Me senté frente a ella en la mesa y tomé la pluma.

"¿Conoces al joven Hinrich Fehse?", pregunté más. Siguió un "sí" igualmente suave.
"Quiero decir, ¿lo conocías?" Ella no respondió. Cuando levanté lavista vi que estaba mortalmente pálida; Escuché los dientes blancos chocar juntos.
externo El miedo a la responsabilidad debido a una culpa tal vez interna puede haberse apoderado de ella.

¿De qué tienes miedo?, le pregunté.

"No tengo miedo; - pero todas las campesinas me odian".

“No se trata de ti, Margarete Glansky, se trata de ti
por el joven que está desaparecido desde hace varios días".
“Yo no sé nada de eso; ¡No es mi culpa!', espetó, aúnrecuperando el aliento.
"Pero debemos tratar de encontrarlo", continué.
"¿Te mudaste a la ciudad justo antes de que él se casara y luego regresaste hace seis meses?"
'No me gustaba allí, no necesitaba servir; ¡Todavía lamento haber permitido estúpidamente que me despidieran!” Y las fuertes cejas de la chica se juntaron con fuerza.

-Hinrich Fehse -dije- suele estar cerrado por las tardes.
¿ir a ti?"
'Después de todo, no pudimos
ahuyentarlo.' 'Llegó el último, dicen, todas las noches y luego se quedó
a menudo hasta la
medianoche.” “¡Las
mujeres mienten sobre eso!” “¿Pero aceptaste regalos
de él?” Su rostro enrojeció. «¿Quién dijo eso?» «Así cantan los gorriones desde los tejados; ha causado una gran
cantidad de conflictos entre los esposos.'
'¡Bueno, incluso si lo fuera!', exclamó, arrojando la suya desafiantemente
labios rojos. "¿Quién le dijo que se casara con él?" "¿Y te habrías casado
con él?", le pregunté.
Pero antes de que pudiera responder, la puerta de la
habitación se abrió de golpe y las dos mujeres Fehse, la joven con su hijo en brazos, entraron en la habitación.
Todavía vi cómo los ojos de la mujer del viejo granjero y la hija de la partera se miraban con un odio no disimulado; entonces
la anciana se paró frente a mí y dijo temblando:

“Señor alguacil, ¿qué hace esa persona en nuestra casa?
¡Soy de la opinión de que probablemente no tengo que soportarlo!" "Lapersona",
respondí, empujando imperceptiblemente a las dos mujeres hacia
la puerta otra vez, "está siendo interrogada en la corte y ha sido designada aquí por
a mí."

Nos quedamos afuera en el pasillo. La anciana demacrada se retorció las manos. "¡Ah, la miseria!", exclamó; "¡La miseria!" - La joven campesina enjugó las lágrimas de las mejillas de su hijo dormido, que no dejaba de llorar.

'Lo pasamos tan bien el primer año', dijo, 'si tan solo no hubiera regresado; eso no lo entendemos; pero ella debe habérselo hecho a él! Y todo el dinero que recaudó recientemente para los caballos; Hemos revisado el ataúd y todo eso, pero no hay nada que encontrar.»
A través de la puerta delantera abierta vi a un hombre salir con un palolargo y
tomar el camino que bajaba al páramo. La anciana salió y volvió llorando. De repente, se pasó el delantal por los ojos. "El de allá arriba sabrá dónde está", dijo. ¡Él no era impío, mi Hinrich! – Se arrodilló y
apoyó su pobre cabeza en mi regazo; porque siempre fue mi hijo!
'Madre', dijo, 'me viste cabalgando en el caballo bayo, y te dije que tenía que ir al molinero en Nordermühle por los intereses; – eso fue mentira, madre; por error cabalgué salvajemente durante cinco horas; Tú mismo quitaste la espuma de los costados de la bahía cuando llegué a casa; – Simplemente no quería acercarme a ella; pero me arrastró allí como mi cabello; – me deprime; ¡No puedo evitarlo, madre!

¡Y era tan bueno, mi Hinrich!», continuó la anciana, como si hablara consigo misma. ¡Incluso cuando nació el niño!

En nuestro patio aquí, a caballo, tuve que dárselo; el sol

estaba tan caliente, allá en el potrero los cultivos de verano estaban tan verdes. '¿Qué te parece, madre', dijo, '¡Podría llevarlo conmigo al campo un rato!' Estaba tan feliz por su hijo; Tuve problemas para sacárselo de encima otra vez; ¡ysólo tenía seis semanas!

Me separé de las mujeres indicándoles que tenían que

quedarse para su propio interrogatorio. Cuando regresé a la habitación, los rayos oblicuos del sol de la tarde ya entraban

por la ventana. La chica seguía parada en el mismo lugar que antes; pero parecía haberse calmado e incluso, quizás

sólo porque yo había representado su presencia ante las otras mujeres, de haber confiado en mí. —Se lo diré, señor alguacil —empezó, echándose hacia atrás su brillante cabello negro con ambas manos; - "Me hubiera casado con él si no hubiera necesitado el dinero de la otra mujer; – No lo sé, y está bien preguntar ahora; He sido un buen amigo de él; probablemente bailamos juntos; pero – ¡y esta es la verdad!

Señor alguacil, no pensé que se lo tomaría tan en serio".

—Sabías —dije— que te había seguido desde su juventud; y quiero decir que no parecía capaz de jugar con esas cosas.» Se había mirado de soslayo en el

espejito adornado con plumas de pavo real, y por un

segundo sus ojos oscuros estallaron como ansias de vivir. 'Bueno', dijo, 'finalmente me di cuenta; pero ya no podía llevármelo.

Ya lo intenté lo suficiente; porque me castigó hasta la sangre con sus grillos; especialmente cuando los jóvenes venían a nosotros, lo cual no es diferente. pudo con el

rechinar de dientes cuando traje solo uno a la puerta principal; o incluso cuando Hans Ottsen, tontamente, quiso
deshacerme las trenzas; ¡y tenía a su esposa en casa! Lamiré
fijamente. “¿Así que Ottsen ha estado viniendo a verte últimamente? Puede que sepas que su padre le dio los cascos por Johanni.” Ella vaciló
por un momento, como si estuviera confundida; pero
luego, como si no hubiera oído mi comentario, continuó: 'Algunas noches, cuando el vigilante tocaba las nueve, mi madre lo llamaba para que se fuera a casa. Pero no fue. 'Señora vecina', decía, 'pero me vais a envidiar la silla de vuestra casa; ¡No pido nada más!” Y así nos quedamos donde estábamos; Yo en mi piedra de coser frente a un cajón de la mesa, él frente al otro.
'Hinrich', le he dicho a menudo, '¡no seas tan sutil! Puedes bailar conmigo el domingo en la jarra; llévate a tu mujer y
pasémoslo bien todos.» Pero entonces se limitó a soltar una carcajada burlona y me miró con sus ojitos como si quisiera
hacerme daño.

Sólo una vez —prosiguió después de un rato— se ausentó por un tiempo; - cuando le nació el niño, y pensé que ya había recobrado el sentido. Luego, unas cuatro semanas después, su esposa enfermó gravemente; todos creían que estaba al borde de la muerte, incluida mi madre, que había tenido que ayudarla durante el parto. Y entonces,
Herr Amtsvogt, volvió. La chica
respiró hondo. - »Se había vuelto bastante diferente, más como cuando era un muchacho joven; pudo volver a hablar
y habló sobre su negocio y lo que quería hacer y perseguir. Pero una vez que mi madre estuvo fuera de la casa, de
repente me agarró por los hombros y me miró como loco de alegría. '¡Margret!', exclamó, '¡piénsalo bien! si - ah

¡si!' - Luego se quedó en silencio y me soltó; pero yo sabía lo que significaba y lo vi poco después. Así que pensé en hacerle pensar en otra cosa. '¿El doctor ha estado contigo hoy?', le pregunté. '¿Cómo van las cosas con Ann-
Marieken?'- Al principio parecía que no quería contestar. 'Ella tiene otro vaso', dijo entonces; ›No sé a qué se refería

el médico.‹ Había sacado el cuaderno de puntos de mi madre de su costurero, se sentó frente a mí y empezó a

dibujar con tiza en la mesa. Lo hizo con tanta prisa y se puso tan caliente que le pregunté: 'Hinrich, ¿qué estás señalando?', '¡Para, para!', dijo. “¡Sigue cosiendo!” Pero desapercibido, me incliné sobre la mesa

y leí el número en el libro que estaba señalando con el dedo. La pregunta entonces era si el paciente se recuperaría.
- No dije nada y me senté de nuevo a mi trabajo; y siguió acariciando, contando 'Par' o 'Desigual' y luego marcando las cifras con tiza en la mesa. 'Bueno', le pregunté, '¿has terminado? ¿Puede uno llegar a saberlo ahora?'- Había puesto su cabeza en su mano y me miraba en silencio, pero en silencio y suavemente como no lo había hecho en mucho tiempo. Luego se levantó y me estrechó la mano. «¡Buenas noches, Margret!», dijo; «Debo irme a casa ahora.» Y así
se fue; todavía era temprano en la noche. - Como las figuras se habían quedado de pie sobre la mesa, las busqué en el cuadernillo.

La respuesta fue: '¡Consolad el alma de los enfermos y abandonad toda esperanza!'- - Pero esta vez no acertó; la mujer se recuperó poco después; y ahora estaba peor que

nunca. Créame, señor alguacil, si le arruiné algo, se
compensará con miedo y sufrimiento.» Como estalló en un llanto convulsivo al oír

estas palabras, la obligué a sentarse en una silla. Pero pronto volvió a levantar la cabeza, que sostenía con ambas manos.

apretó y me miró. Lo único que quedaba en la habitación era la luz del atardecer, en la que los labios rojos de la niña destacaban llamativamente contra su rostro pálido y sus ojos oscuros.

Pero tenía que seguir preguntando. 'Hinrich Fehse', dije, 'hizo un negocio de caballos la semana pasada, del cual debería haber traído mucho dinero a casa; pero las mujeres de Fehse nos aseguran que no pudieron encontrarlo porningún lado.»

«¡No tenemos el dinero, señor alguacil!», dijo ella contristeza.

"¿Y tampoco sabes a dónde fue?" Ella asintió. "Pero;Lo sé. —Algunos pensaron —

continué— que se dirigía a Hamburgo para ir de allí a América en un barco de emigrantes.

No, señor alguacil; adónde fue no lo sé; pero no fue a América con el dinero. – Yo también quiero decirte eso; ¡Tan cierto como estar ante Dios! – Fue el pasado domingo por la noche, podrían haber sido alrededor de las ocho; mi madre, que había estado fuera toda la noche, sentada en el sillón cabeceando sobre su tejido; estábamos solos y me sorprendió que Hinrich Fehse tampoco viniera; porque esa mañana en la iglesia me había vuelto a mirar, de modo que todas las mujeres giraron la cabeza para mirarme. – Afuera soplaba la tormenta; pero entre las ráfagas de viento a veces creo oír gente caminando cerca de nuestra casa. Eso me asustó, y fui a la puerta principal para ver qué estaba pasando. No era la luz de la luna, Herr Alguacil; pero era la luz de la noche; a través de la cerca lila pelada pude distinguir claramente las cruces en el atrio de la iglesia que linda con nuestro jardín; y así también vi que uno estaba parado debajo de la cerca; y cuando subí, era Hinrich Fehse. '¿Qué estás parado aquí dejándote enfriar?', dije. ¿Por qué no entras?

«¡Debo hablar contigo a solas, Margret!», respondió. – 'Bueno, entonces habla, estamos aquí solos; nadie vendráen la tormenta.” Pero no habló hasta que dije: “Tengo frío; ¡Quiero entrar a buscar mi chal!» Entonces me agarró la mano y dijo pesadamente: «Esto no puede seguir así, Margret; Debo ponerle fin.' - Me parecía tan extraño; No supe cómo responderle. -Hinrich -dije-. 'Sería mejor si me fuera de nuevo; ¡entonces todo estará bien!'- '¡Tenemos que irnos los dos, ir juntos, Margret!', respondió él. Mientras lo hacía, sacó una bolsa y la hizo tintinear varias veces en el borde del pozo donde estábamos parados en ese momento.'¿Oyes?', dijo; ›¡eso es oro!

Anteayer vendí mis marrones; Voy a mi primo a través del mar al Nuevo Mundo; allí es fácil encontrar pan' - '¡No le harás eso a tu mujer!', le dije. - '¿No lo hagas, Margret? No es una bendición para ellos si me quedo; los pocos miles de táleros que trajo a la posada pronto desaparecen; ¡Ya no soy agricultor, no tengo ningún pensamiento sin ti!'- Quería abrazarme, pero salté hacia atrás.

'¡Me convendría', digo, 'correr contigo por el ancho mundo como tu compañero!'- 'Solo escúchame', comenzó de nuevo; ›nos vamos en secreto; entonces mi esposa demandará el divorcio; entonces podemos reunirnos allí.' - 'No, Hinrich; No lo haré, no me iré así.'- Ante estas palabras se volvió tonto; se tiró al suelo, no sé lo que dijo; también la tormenta aullaba alrededor de la iglesia, de modo que apenas podía entenderla; mi ropa volaba, estaba todo atascado. 'Vete a casa, Hinrich', le rogué, 'hoy no estás en casa, ¡hablemos del asunto mañana!'- Mientras tanto, escuché fuertes voces detrás de nosotros desde el camino del patio de la iglesia; Hans Ottsen estaba entre ellos, y escuché nuestra puerta;porque ha estado a veces en las últimas semanas

vino a nosotros. Pero deben haber pasado; Escuché la cruz girar en la gran puerta del cementerio y pronto también las voces más abajo en el camino del pueblo. – Cuando giré la cabeza, Hinrich estaba parado frente a mí. 'Margret', dijo, y se atragantó con las palabras; "¿Quieres ir conmigo?" Pero antes de que pudiera responder, puso su mano sobre mi boca. «¡No hables demasiado pronto!», gritó, «porque no volveré a preguntar, nunca más.» No respondí; me hizo un nudo en la garganta; ¡Qué debí haberle respondido! –

›¡Ves!‹ dijo; Lo sabía bien; ¡Te equivocas, estás esperando al otro!'- Hizo un movimiento con el brazo, e inmediatamente después lo escuché chapotear en el pozo también. – '¡Hinrich, tu oro!', exclamé. '¡Qué estás haciendo, Hinrich!'- '¡No lo hagas!', dijo; ›Ya no lo necesito; - pero" - y me agarró con ambas manos y me sostuvo frente a él como si quisiera mirarme como de lejos - '¡bésame otra vez, Margret!'" - "¿Y luego?" pregunté , mientras la chica se detenía.

No quiero mentir, señor alguacil; Yo no hubiera peleado con él; pero de repente me apartó. – Quería correr hacia la puerta principal; luego llamó mi nombre con enojo; y cuando no escuché, saltó detrás de mí y me agarró como si tuviera brazos de hierro. Mi cabello se había soltado; envolvió una de mis trenzas alrededor de su mano y tiró de mi cabeza hacia atrás con ella. —Un momento, Margret —dijo, ya pesar de la noche vi brillar sus ojitos encima de mí; y mientras la tormenta casi me arranca la ropa del cuerpo, me gritó al oído: 'Quiero decirte un secreto, Margret; pero no lo digas!

Ya no hay lugar en el mundo para nosotros dos juntos;

¡Serás maldita, Margarita!‹ – Lancé un fuerte grito; Creo que quiere estrangularme. Entonces me soltó y se escapó; Le

oí dar un portazo en el patio de la iglesia; y justo después

de eso también fue mío

Mamá vino a la puerta principal y me llamó. "Mañana se decidirá", dijo, después de que le hube contado todo lo mejor
que pude; ›Él también puede volver a pescar su oro.‹ Entonces tomó un candado y lo puso frente a la tapa del pozo, que mi
abuelo había hecho una vez para los invitados no invitados; alguien más podría haber subido la bolsa al balde con ellos. -
- Cuando ya habíamos entrado en la casa, mi madre se acostó y yo me senté de nuevo a mi trabajo. Todavía estaba tormentoso afuera; a veces oía soplar al vigilante en el pueblo; la gran campana sonó en la torre de la iglesia. Sentí mucho miedo; pero no me dio descanso; Siempre pensé que podría haberse hecho algún daño. Cuando me di cuenta de que mi madre se había quedado dormida, tomé mi chal y me escabullí.
– No conocí a nadie; la mayoría de las casas ya estaban a oscuras; solo en el lugar de Fehseschen vi luz brillando a través de la abertura de las contraventanas del camino. Me animé y subí por la muralla y entré por la puerta del jardín. De pie junto a la ventana, oía el ronroneo de las ruedas giratorias en el interior y, de vez en cuando, alguna palabra del viejo Fehse. – '¡Digan lo que digan!', pensé y pegué la oreja a la contraventana, pero no pude entenderlo. Luego, debajo de la otra ventana, vi una carretilla que se había caído, y cuando trepé y me puse de puntillas, mi mirada llegó al corazón de la tienda. Podría pasar por alto la cama de pared allí; También vi que alguien estaba acostado en él, y cuando la cabeza se volteó sobre la almohada, reconocí que era Hinrich. De repente se sentó en las almohadas y me miró con los ojos.
Entonces el miedo se apoderó de mí, salté del carro y salí corriendo, atravesé el camino, crucé el patio de la iglesia; – a la vuelta de la esquina de la torre se oían silbidos y aullidos;
el viejo Finkeljochim siempre dice que los muertos están gritando en las tumbas. Me estremecí, no sé

más cómo volví a la casa y me metí en la cama. - A la mañana siguiente, sin embargo, se dijo que Hinrich Fehse había desaparecido durante la noche; No he vuelto a ver nada de él.» Ella

no dijo nada. - Estaba oscureciendo mientras tanto. Cuando miré hacia afuera a través de los pequeños cristales, solo había un débil resplandor vespertino en el horizonte; los árboles del jardín se erguían negros, pero abajo, sobre el páramo, las nieblas flotaban como velos blancos. – Tenía dos

velas de sebo encendidas y colocadas en la mesa frente a mí; luego llamé a las mujeres Fehse a la habitación.

"¿Estará allí?", preguntó la anciana, lanzando una mirada medio tímida, medio llena de odio a la muchacha que, a mi orden, se había sentado en la esquina de la ventana.

"¡Ella no la molestará, Frau Fehse!", respondí.

'Bueno, eso está bien para mí; lo que tengo que decir lo

oiga Dios y todo el mundo; pero —y levantó amenazadoramente su dedo flaco— ¡los malvados tendrán su recompensa!

La chica no pareció escuchar estas palabras; Como si

estuviera exhausta, había apoyado tanto la cabeza contra la pared que el pelo negro le caía hacia atrás desde las sienes. “¡No haga eso, Frau Fehse!” dije.

“Cuéntame cómo sucedió.” Parecía haber despertado de

profundos pensamientos.

'Sí', dijo, '¡él también estaba allí esa noche, allí, con ella!

Pero llegó temprano a casa; porque Ann Marieken estaba tan mal que el médico le acababa de recetar un nuevo vaso, así que se sentó junto a su cama toda la noche, ¡claro que sí! y le acarició la mano. —Ann Marieken —dijo—, no es culpa tuya; no me demandes demasiado ahí arriba; allí lo tendrás mejor que conmigo”. La joven, que estaba acostando a su hijo en la

cuna, rompió en amargas lágrimas.

'Quiero decir, Frau Fehse', le recordé, 'como lo hace en ese Fue anoche cuando su hijo salió de la casa.

"Sí, ¿cómo fue?", respondió ella. 'Fue el pasado domingo por la noche; habíamos retirado la comida y la criada se había ido a su habitación - no, ya debían de ser las diez; Ann- Marieken y yo seguíamos sentados junto a nuestra rueca. Mi Hinrich acababa de llegar a casa después de una caída y había estado acostado en la cama en la pared durante mucho tiempo. Pero probablemente no estaba dormido, porque estaba dando vueltas, dando vueltas y gimiendo para sí mismo; ya estábamos acostumbrados a eso de él, Herr Amtsvogt. – – Afuera había tormenta, como suele ser ahora en noviembre; el noroeste se movía arrancando las hojas de los árboles; Siempre tuve miedo de que también derribara el peral junto al granero; porque mi padre lo plantó en el bautismo de mi Hinrich. Entonces lo oí trotar suavemente fuera de la ventana, y lo escuché; porque, señor Alguacil, yo no sabía si era una pisada de animal o humana. Pregunto: '¿Oyes eso, Ann Marieken?', pregunto.

Pero ella mete la mano en su rueca y dice: '¡No, madre, no escucho nada!'- Ahora empujo una silla hacia la ventana y veo a través del corazón de la contraventana; porque habíamos cerrado las persianas a causa de la tormenta. Allí, el peral se recortaba contra el cielo gris de la noche y gemía y luchaba

lastimosamente contra la tormenta; También podía ver por encima de los potreros y los pantanos y también vi los charcos

de agua brillando en el páramo en la parte de atrás, porque el aire estaba ligero en ese momento.

No se veía nada vivo. Pero puedo decir que algo presionó debajo de la ventana y se deslizó como si una piel peluda estuviera rozando contra la pared. Cuando me bajo de la silla, araña la otra tienda afuera e inmediatamente escucho que la banda de la cama se rompe allí en la pared, y mi Hinrich se sienta rígidamente erguido sobre las almohadas y mira la ventana con ojos completamente muertos. - Como

Llamo: 'Señor Jes', Hinrich! ¿qué pasa?', el ganado en la parte
de atrás del establo también se molestó, y durante toda la tormenta escuché al toro bramando y tirando violentamente de su cadena. Pero mi Hinrich sigue sentado tan muerto y vidrioso

que me sentí mareado, y cuando me doy la vuelta, ¡Señor, mi Jesucristo! ¡hay un animal mirando a través del postigo de la ventana! ¡Vi muy claramente los dientes blancos y puntiagudosy los ojos negros!«

La anciana se secó el sudor de la frente con el delantal y

comenzó a murmurar en voz baja para sí misma.

"¿Un animal, Frau Fehse?", pregunté; "¿Tiene perros tangrandes en el

pueblo?" Ella negó con la cabeza: "¡No era un perro, señoralguacil!"

"¡Pero ya no tenemos lobos aquí!" La anciana

volvió lentamente la cabeza hacia la niña y luego dijo con voz aguda: "¡Puede que no haya sido un lobo real!"

"¡Madre! ¡Madre!», exclamó la joven; "¡Siempre me dijiste que fue la comadrona Margret quien miró por la ventana!"

—Bueno, Ann-Marieken, no digo que no haya sido ella —y laanciana volvió a caer en sus incomprensibles gemidos y murmullos—.

«¿De qué estás balbuceando, madre Fehse?», exclamé. Y, sin embargo, cuando vi a la niña sentada allí tan sin vida con su

rostro blanco como la tiza y sus labios rojos, me vino a la mente el Alp blanco de la tierra natal de su abuelo, y casi añado: 'Te equivocas, lo sé mejor, Madre Fehse , ella bebió su alma; ¡quizásla haya ido a buscar!' Pero yo solo dije: 'Dime bien, ¿cómo te fue
con tu Hinrich?' '¿Con mi Hinrich?', repitió ella. Se agarró a lasbarandillas de la cama y se encontró con

ambos pies en el suelo.

'¡Déjame , Hinrich!', dije. Pero condujo apresuradamente hacia el

Vestidos: '¡No, no, madre, no estás sujetando el toro!', y todo el tiempo mantuvo los ojos en la contraventana.

Cuando se iba, tropezó con la cuna, que estaba junto a la cama como está hoy, y el pequeño estiró los brazos mientras dormía y levantó los deditos. Mi Hinrich se detuvo de nuevo y se inclinó sobre la cuna, y lo escuché decirse a sí mismo: '¡El niño! ¡El niño!» Ya estaba extendiendo la mano hacia las manitas justo cuando la tormenta golpeaba de nuevo contra las persianas y el estruendo de afuera en el establo comenzaba de nuevo. Luego exhaló un profundo suspiro y salió por la puerta como si estuviera mareado".

Durante mucho tiempo había notado que Margret apoyaba la cabeza contra la ventana como si escuchara; ahora también oí el sordo retumbar de un carro que parecía subir por el camino desde el páramo.

“Y desde entonces”, volví a preguntar a la anciana, “¿no has visto a tu hijo?” No obtuve respuesta. La puerta de la habitación crujió y un perrito gris, mojado y sucio, se abrió paso por la rendija de la puerta; corrió hacia la esposa del granjero y la miró inquisitivamente por un momento, husmeó alrededor del armazón de la cama mientras gemía y luego salió corriendo por la puerta de la misma manera.

Las dos mujeres, que habían seguido al animal con la mirada sin aliento, prorrumpieron en fuertes lamentos. Era, por lo que pude deducir, el perro del hombre desaparecido, que él mismo había criado y luego siempre tenía con él; el animalito también había desaparecido desde esa noche.

Mientras tanto, el estruendo del auto se acercaba, y al mismo tiempo vi como la chica de la ventana levantaba la cabeza y miraba con los ojos muy abiertos. Las velas de sebo no brillaban tanto, pero la luz de la luna entraba por los cristales desde el exterior. Como una serpiente, se deslizó hacia arriba y luego se quedó con su abierta

hablar alto. En ese mismo momento, el coche entró rugiendoen la era de la casa.

Hubo silencio por un rato, luego se escucharon voces de hombres en el pasillo, la puerta se abrió de par en par y un hombre de hombros anchos salió al umbral. "Tenemos el cuerpo", dijo; “Ella yacía atrás en el páramo en el lago negro.” Estalló el clamor de las mujeres; la

joven se había echado con ambos brazos sobre la cuna de su hijo, que, despertado del sueño, se mezclaba ahora en su vocecilla aguda.

Pero la anciana cambió repentinamente de opinión; sacudiendo su mano huesuda, se paró frente a la chica, que todavía miraba petrificada hacia la noche vacía. "¿Lo oyes?", gritó; "¡está muerto! ve ahora No tienes nada más que haceraquí. La

chica giró la cabeza como si no entendiera; pero a pesar de la túnica que la cubría, vi que un escalofrío recorría sus miembros mientras salía por la puerta en silencio. A través de la ventana la vi caminar por el patio; tenía la cabeza echada hacia atrás, como si le hubieran dado la vuelta, hacia el granero en el que yacía el muerto. De repente, cuando llegó al camino, comenzó a correr con los brazos en alto,
como si hubiera algo detrás de ella de lo que tuviera que escapar. Pero pronto desapareció en la niebla blanca que

había inundado el camino desde el páramo.

Lo dejé pasar, mi negocio había terminado por el día. Mientras conducía por el pueblo, el sacristán de su granja vino a mi encuentro y puso su mano en mi carro. "Lamento lo de Hinrich, señor alguacil", dijo.
Pero quién sabe si no es para bien; ahora sólo tenemos que ocuparnos de conseguir un buen tipógrafo que pueda casarse con la viuda y ocuparse del trabajo del pequeño

Hinrich Fehse. ¡Hay que encargarse de todo, señor alguacil!» Y con su antigua imperturbabilidad

saludó gravemente con la mano, mientras yo, con esas palabras de consuelo todavía en el oído, salía del pueblo porel páramo iluminado por una luna mortecina.

Para terminar mi relato, el pozo de las parteras se agotó al día siguiente, y el tesoro hundido realmente volvió a salir a la luz. El esposo de la joven viuda también fue encontrado después de que el niño hubiera seguido a su padre a ese país desconocido dentro de un año debido a un ataque de bronceado. En lugar de convertir a la partera de mala reputación Margret en su esposa, Hans Ottsen prefirió adquirir el puesto de Fehse además del trabajo de su padre por simples medios de matrimonio. Y así, según la receta del sacristán, con unos puñados de tierra del cementerio, todo volvió a estar en orden.

Si quieres preguntar por la chica eslovaca, no puedo darte una respuesta; se dice que se mudó a no sé qué gran ciudady desapareció allí entre la avalancha de gente.